

CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SEÑOR

D. MARCELINO MENÉNDEZ Y PELAYO



SRES. ACADÉMICOS:

El día presente no sólo es de júbilo para la Academia Española, sino que marca, á mi ver, el comienzo de un período de renovación en los estudios que son materia de nuestro Instituto. Al tomar asiento en esta Corporación el Sr. D. Ramón Menéndez Pidal, que es por ventura el más joven de los cultivadores de la filología y de la erudición literaria en España, y á quien sin ofensa de nadie hay que conceder en rigurosa justicia un puesto no inferior á otro alguno, no entra sólo un trabajador infatigable, un investigador afortunado á quien deben ya nuestras letras verdaderos é importantes descubrimientos, sino un lingüista y un crítico educado en todo el rigor del método histórico, y capaz de aplicarle á cualquier ramo de la ciencia literaria, con novedad, con sabio atrevimiento, con discreta parsimonia. La diferencia que media entre la retórica y el conocimiento positivo es la que separa los austeros trabajos del Sr. Menéndez Pidal de aquellos otros, fáciles y amenos, que en nuestras mocedades se decoraban con el nombre de crítica. En pocos años, y con pu-



blicaciones á primera vista fragmentarias y aisladas, ha transformado el aspecto de la Edad Media española, ha herido y penetrado dificultades y problemas que no se sospechaban antes de él, ha comenzado á resucitar un mundo épico, ha combinado y soldado formas de arte que hasta ahora aparecían desligadas, ha dado luz al caos de nuestra primitiva historiografía y al de los orígenes poéticos, y ha sometido á severo y escrupuloso examen lexicográfico, gramatical, histórico, los más antiguos y venerables monumentos del habla castellana. Una cátedra de filología ganada en público y honroso concurso ha sido galardón oficial de tales servicios: lo ha sido más valioso todavía el aplauso unánime con que los sabios de Europa más acreditados en este orden de estudios recibieron el primer libro del Sr. Menéndez Pidal, considerándole no ya como obra de excepcional valor, dentro y fuera del medio intelectual en que fué engendrada, sino como estímulo y ejemplo para la juventud española, que en él debía aprender cuán poco valen los dones más brillantes del ingenio, las más felices disposiciones de la naturaleza, cuando no las acompaña aquella severa é inflexible disciplina intelectual, tan atenta á lo pequeño como á lo grande, sin la cual degenera la erudición en fárrago impertinente y la agudeza mental en curiosidad pueril ó en vano juego de la fantasía.

Todos los trabajos publicados hasta ahora por el Sr. Menéndez Pidal, se refieren á la lengua y litera-

tura castellana de los tiempos medios. Sólo puede parecer una excepción el sólido y elegante discurso que acabáis de oír; y aun en éste se traslucen las aficiones dominantes del autor y los métodos que de continuo emplea: ya por la investigación de las fuentes de la comedia de Tirso, no menos remotas que las del Ganges sagrado; ya por el proceso crítico, que sólo puede aplicar con tanta novedad y fortuna á las obras de las edades clásicas el que largo tiempo se ha ejercitado en el análisis de otras que, precisamente por informes y rudas, exigen mayor esfuerzo de sagacidad y un arte de interpretación y combinación que se confunde con la adivinación en algunos casos.

Ejemplo memorable de ello dió el Sr. Menéndez Pidal en su primer libro, *La leyenda de los Infantes de Lara*, que sacando repentinamente su nombre de la penumbra universitaria, le hizo resonar con gloria donde quiera que se rinde culto á nuestra tradición épica. El autor no podía presentarse con aparato más modesto: se trataba de una simple monografía sobre un tema ciertamente popular, pero no el más famoso de nuestra poesía épica: tema, además, tratado por muchos, y por alguno de tal manera que parecía difícil añadir cosa de provecho á lo que él había investigado y conjeturado. Y sin embargo, el Sr. Menéndez Pidal hizo un libro que es enteramente nuevo desde la primera página hasta la última, y nuevo no solamente con la novedad material de textos y noticias, que es por cierto asombrosa é inesperada, sino



nuevo y aun pudiéramos decir novísimo en su concepto fundamental, que agranda los límites de nuestra epopeya y restablece la continuidad de la tradición en el punto en que parecía rota. Hay en el libro de *Los Infantes* una teoría completa, que no se funda en vagas generalidades, sino en la comprobación experimental y minuciosa de un caso que vale por muchos.

El conocimiento de nuestra poesía heroica de los tiempos medios ha pasado en España y fuera de ella por tres fases, que son lógicamente necesarias en este orden de estudios. El primer período fué de entusiasmo precientífico, de intuición poética, en que el amor abrió los ojos de la ciencia. En Alemania le representa Herder con su versión bastante libre é indirecta de los romances del Cid (1806), que todavía es popular en Alemania, y que fué libro capital en la época romántica, suscitando entusiasmos desmedidos, no tanto quizá por lo que contenía como por lo que dejaba entrever. Cuando Hegel, por ejemplo, en su famosa *Estética* calificó no menos que de «collar de perlas» comparable con los poemas homéricos, estas rapsodias tan tardías, á veces tan amaneradas y tan infieles á su origen, no fué acaso por la ligereza en que suelen incurrir los hombres de genio sintético cuando tratan de cosas que no les son familiares, sino porque á través de la ingeniosa labor de los poetas del siglo XVI, cuya elegante ironía se confunde con la parodia, acertó á vislumbrar los rasgos

de una poesía verdaderamente nacional y primitiva que debía de existir en otra parte, y que en efecto existía. El principal monumento de ella era del dominio público desde 1779; pero nadie, exceptuando á Roberto Southey (1814), llegó á tasarle en el valor altísimo que todos le conceden ahora, aun bajo el aspecto meramente poético. Los más le estimaban como antigualla venerable: continuaba relegado á las colecciones eruditas, mientras el gusto de los aficionados se iba por el florido y ameno sendero de los romances, á los cuales solía atribuirse una antigüedad fabulosa: el nombre del Cid llenaba el mundo, pero quien triunfaba era el Cid falsificado, el Cid teatral y galante, no el de las heroicas gestas; que éste continuaba durmiendo en su sepultura de Cardena ó de Burgos hasta que otra generación de eruditos le despertase.

Multiplicábanse, entre tanto, las ediciones de los romanceros, y comenzaba á depurarse el texto con ayuda de mejores fuentes. Precursor de la época nueva, y aun pudiéramos decir de la novísima, fué Jacobo Grimm, cuando en su *Silva* (1815) distinguió con intuición certera y genial los romances viejos de los que no lo son, á la vez que adivinaba la teoría del primitivo metro épico, restableciendo el hábito de escribirle en líneas largas. Pero estas semillas no fructificaron por de pronto, y en los dos más célebres y copiosos romanceros, el de Depping y el de nuestro venerable Durán, persistió la clasificación por



asuntos, y con ella la mezcla del primitivo fondo épico, del juglaresco y del artístico.

El servicio que prestó Durán, no sólo como admirable colector, sino principalmente como crítico, como despertador de inteligencias, como primer maestro en España de una estética nueva, como renovador de un sentido poético y tradicional que comenzaba á perderse, es de los que no admiten encarecimiento posible, y para los cuales sólo la gratitud de un pueblo puede ser digna recompensa. Lo que había sido puro instinto en los poetas románticos, se presentó en los escritos de Durán, desgraciadamente pocos y breves, pero llegados muy á tiempo, con caracteres de reflexión y de teoría, que entonces sorprendieron, pero que poco á poco se fueron incorporando en el pensar común, y en él continúan viviendo. Las fechas de estos escritos son suficiente excusa de sus deficiencias. Ni en 1832 cuando Durán puso término á su primer romancero, ensayo de aficionado más que de erudito; ni siquiera en 1849 cuando en plena madurez de sus estudios levantó el monumento que conocemos, eran familiares en España, y aun puede decirse que apenas comenzaban en Europa, las investigaciones de literatura comparada de los tiempos medios, sin las cuales tenía que carecer de base sólida la historia particular de la poesía de cualquier pueblo. Las cuestiones de orígenes eran un caos inextricable: faltaban puntos de comparación, faltaban textos: la mayor parte de las epopeyas fran-

cesas yacían inéditas; y de los eruditos de nuestra lengua y raza no sé que nadie las hubiese estudiado, fuera de D. Andrés Bello, á quien su larga emigración en Londres facilitó el acceso de algunos códices, que le sugirieron peregrinas enseñanzas, sobre las cuales ha pesado la desgracia de no ser conocidas ni divulgadas á tiempo.

Pero aun dentro del dominio nacional, que Durán exploró á fondo, se le puede tachar de haber prestado exclusiva atención á los romances, de haberles concedido una antigüedad de todo punto inadmisible, de haber descuidado casi siempre la comparación con otros textos, ya poéticos, ya históricos, ya legales, que son el único instrumento que tenemos para determinar la cronología de estos pequeños poemas, para interpretar rectamente su sentido, para comprender el medio en que florecieron y el grande árbol de que fueron desgajados. Faltó también á Durán, como á todos los eruditos de su época, ateniéndose casi siempre á la letra de los romances impresos, que son los mejores, pero no los únicos, la poderosa ayuda de la tradición oral, cuya importancia él adivinó, pero que apenas comenzaba entonces á revelar sus secretos: el estudio comparativo de la canción popular, viva aún en labios del vulgo, y que sin salir de nuestra Península, nos ha ofrecido, en Asturias, en Portugal, en Cataluña, un tan inesperado y rico suplemento, que á la vez que prueba la unidad del fondo étnico, deja patente la supremacía y univer-



sal influjo de Castilla en este orden de narraciones poéticas.

Mucho de lo que Durán no pudo realizar, por culpa de los tiempos y del medio en que vivió, más que suya, se encuentra en los trabajos de Fernando Wolf, cuyo nombre señala otro período en el conocimiento de nuestra poesía tradicional. La literatura española le debe servicios tales que nunca serán pagados con excesivo agradecimiento. No sólo aventajó en erudición á casi todos los hispanistas que hasta nuestros días han aparecido, sino que logró, por caso rarísimo en un extranjero, la penetración más honda del alma poética de un pueblo que no llegó á visitar nunca, y que sólo conocía por los libros. Si prescindimos de lo que puede haber envejecido en las teorías métricas de Wolf y en sus consideraciones históricas, todavía queda en los *Studien*, en el prólogo y notas de la *Primavera*, y en las innumerables disertaciones y memorias sobre temas españoles con que el laboriosísimo bibliotecario enriqueció las actas de la Academia de Viena y las páginas de muchas revistas y colecciones sabias, un tesoro de doctrina crítica, del cual no sé si se han aprovechado bastante los historiadores de nuestra literatura. La clasificación de los romances avanzó grandemente con los trabajos de Wolf, y fué adquiriendo cada día más precisión y fijeza. Al texto ecléctico de Durán formado por la combinación de varias lecciones, sucedió el texto genuino de la *Primavera y flor de ro-*

*mances*, en que se siguió la letra de los romanceros más antiguos, anotando con puntualidad todas las variantes. A este trabajo de depuración, proseguido con feliz empeño, acompañó el hallazgo de numerosos pliegos sueltos, que contenían romances enteramente nuevos ó mejoraban el texto de los ya conocidos. Versado profundamente Wolf en el conocimiento de las canciones populares de muchos países, y de la literatura novelesca general, aplicó sagazmente estos conocimientos á la materia española, y obtuvo, por medio de la comparación, inesperada luz en muchas cuestiones. Sometió á inteligente análisis los principales monumentos poéticos de la Edad Media castellana, pero no aventuró una síntesis, ni provisional siquiera; no sólo porque en su tiempo hubiera sido prematura, sino porque á ello se opusieron, desorientándole en más de un caso, un capital error suyo sobre la forma métrica de los romances, y otro más grave sobre la naturaleza de las canciones de gesta, que se empeñaba en considerar como importación exótica é independiente del desarrollo de nuestra poesía popular.

El ejemplo de Durán por una parte, y por otra el estímulo de los trabajos de Wolf y de la brillante exposición de Clarus (aunque imperfectamente conocidos al principio), y el más directo de Huber y Dozy en sus respectivas monografías sobre el Cid, despertaron á mediados del siglo xix el espíritu de investigación que parecía aletargado en España; y



comenzando por manifestarse en estudios parciales, hizo ya bizarro alarde de sus fuerzas en la *Historia crítica de la literatura española*, trabajo hercúleo de D. José Amador de los Ríos, que hará por siempre grata y respetable su memoria á pesar de las detracciones de la envidia impotente, que no le perdonó ni vivo ni muerto. El carácter enciclopédico de la obra de Amador, el enorme material que organizó por vez primera, la atención que tuvo que dividir entre tantas y tan arduas cuestiones, á la vez que atenúa cualquier defecto que en ella pueda notarse, nos mueve á desear que en adelante, trazadas como están ya las líneas generales del monumento, se ejercite la actividad de sus continuadores en la forma monográfica, que la complejidad, cada día creciente, de la materia histórica, y las exigencias del método, más rígidas cada vez, imponen de consuno.

Así lo comprendió el gran maestro catalán á quien debe nuestra epopeya castellana su primer tratado clásico, digno de ponerse al lado de los que en otras partes, y en materia análoga, honran los preclaros nombres del autor de la *Historia poética de Carlomagno* y del investigador de los *Orígenes germánicos de la epopeya francesa*. Juntáronse en aquel varón inolvidable el amor más profundo y sincero á la poesía popular, la más recóndita penetración de sus nativas y peculiares bellezas, y la inflexible disciplina del método histórico y comparativo, que en gran parte tuvo que adivinar, puesto que, dicho sea en

honra suya, el Dr. Milá y Fontanals fué, lo mismo en filología románica que en historia literaria de los tiempos medios, un verdadero *autodidacto* que todo lo debió á su investigación personal y á la ardua y perseverante labor con que ya en edad madura emprendió asimilarse un género de cultura crítica, enteramente diverso de los amenos estudios estéticos y de humanidades en que había empleado la mayor parte de su vida. No le fueron inútiles, ni mucho menos, tales estudios, en esta nueva dirección de su espíritu; pero el hombre de ciencia fué sobreponiéndose de tal modo al literato, que quizá el único defecto de su obra capital, y la razón única de que hasta ahora su influencia no haya sido general, aunque ha sido tan honda en algunos espíritus, sea el estilo sobrio, desnudo, casi matemático en que llegó á escribir Milá, no porque desdeñara el arte de composición y exposición de que en sus discursos y escritos populares dió bellas muestras, sino por un escrúpulo de precisión que llegaba á ser escrúpulo moral, como si viese en los artificios del estilo un lazo tendido á la integridad y parsimonia de la verdad científica. Tan violenta, aunque en cierto modo necesaria, reacción contra los hábitos de nuestro vulgo literario, y aun de muchos que no son vulgo, le quitó por de pronto lectores, fuera del círculo de los especialistas en arqueología literaria. Y como éstos son rarísimos en España, aconteció que el tratado *De la poesía heróico-popular*, apenas leído aquí al